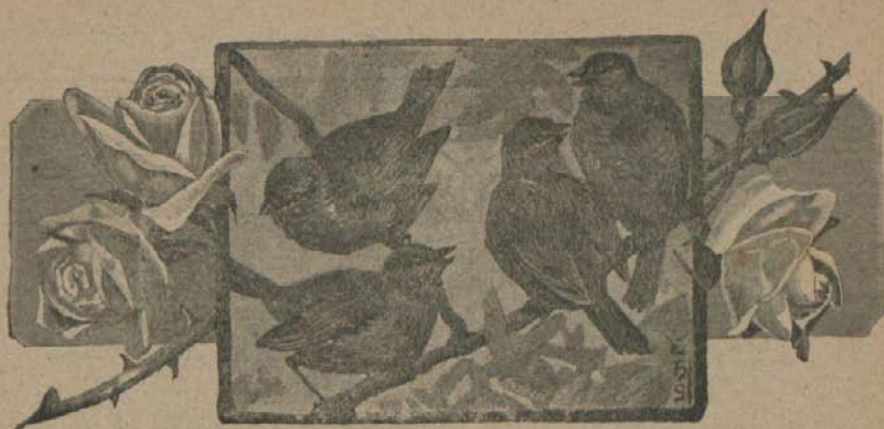




La niña.—Dice mamá que sabes mucha geografía, á ver ¿qué distancia hay de la tierra al sol?

El niño.—La misma que del sol á la tierra.



PALIQUE

Entró el chiquillo en mi despacho y sin otro preámbulo:

«—Pachin,—me dijo,—quisiera pedirte un favor.»

—¿Que te deje revolver las Ilustraciones y libros de estampas?—le pregunté.

—No, para eso no hubiera subido tan endomingado; fíjate: llevo el gabán con botones de ancla, gorra marinera de vestir y guantes blancos, que estreno esta tarde.

—Efectivamente, estás hecho un irreprochable marino; entonces, ¿qué quieres? ¿En qué te puedo complacer?

El chico bajó la cabeza y vaciló unos instantes; pero cobrando pronto ánimo, me dijo con la mayor naturalidad: «—Que me lleves al Tibidabo.»

—No es mala idea,—repuse:—el día está que convida á darse una vuelta por las afueras y vale la pena de que lo aprovechemos.

—Pero ¿es de veras que me vas á llevar?—insistió el chico lleno de júbilo.

Y tan de veras, como que estamos echando á andar.

Y sin más discusiones, juntos salimos tomando el tranvía que debía dejarnos al pie de la Avenida.

No sabía Luis cómo demostrarme su contento, alegre y decididor; tanto me entretení con su charla, que llegamos al funicular primero y luego al Tibidabo, sin darme cuenta de ello.

Dimos un paseo por los parajes más pintorescos de la montaña, abrumándome el chico con preguntas que revelaban cuanta era su satisfacción, que no tardó en trocarse en asombro, cuando descubrió las dentelladas crestas del Montserrat.

«—¿Qué picos son aquellos que se divisan á lo lejos?»—me preguntó.

—Son los del Montserrat.—le dije.

—Me llevarás, ¿verdad? Ya sé que queda lejos; pero otro día... ¿Verdad, Pachin, que sí?

—Más adelante,—le contesté.

Unos momentos después nos sentábamos en la terraza de la gran plaza; apenas nos hablamos sentado, cuando se fijó en el gran catalejo instalado al aire libre, fuese corriendo hacia él, echó una moneda en el receptor, graduó el lente y después de enfocar «—¡Lo que se ve!—gritó entusiasmado.—Colón; el Mundial; el puerto, ¡cuantos barcos!... Parece que están á tocar; hay uno grande, muy grande, que está echando humo, ¿será el *Reina Victoria Eugenia*?»

—No, Luisito, éste salió hace dos ó tres días; fíjate á ver si ves algún nombre.

—Sí; veo unas letras doradas que dicen: *Re Vittorio*. ¿Qué barco es ese, Pachín?

Enfoqué, y vi que Luis tenía razón; el *Re Vittorio* se aprestaba para hacerse á la mar; el hormigueo que se notaba á bordo era señal evidente de que aquel espléndido trasatlántico, á pesar de su lujo y de su magnificencia, llevaba un lastre abrumador de desventuras, la nota triste de un gran contingente de emigrantes.

Como no le contestara, el niño insistió:

—¿Qué barco es? ¿Dónde va? ¿Por qué echa humo?

—Es un trasatlántico italiano que está para salir del puerto; va á Buenos Aires.

—¿Dónde van, los que emigran, en busca de fortuna?—observó.

—Eso es,—le dije,—en busca; cuanto á encontrarla, es ya distinto.

—Y dime, ese vapor que dicen que es más hermoso que el más hermoso palacio, el *Reina Victoria Eugenia*, ¿llevará también emigrantes?

—También los llevará.

Luis me miró con infinita tristeza, diciéndome con dulce gravedad:

«—Oye, Pachín: aun que fuese yo muy pobrecito, no emigraría nunca, ¿sabes? Me moriría de pesar el día que no pudiese ver el cielo de mi tierra, ni ese mar, ni las cumbres de esas montañas que nos rodean y separarme de los que siempre he amado! Ir á ver esos barcos tan hermosos, eso sí. ¿Verdad que me vas á llevar?»

—¡Pues no he de llevarte! El día que quieras subes á buscarme.

«—Verlos, sí,—repitió;—marcha: me, jamás.»

Penetraron sus palabras en mi oído, como regalada música; en mi alma, como perfume arrobador; aquel niño, bueno, inteligente y amable, acababa de descubrir una mente que sabía pensar y un corazón que sabía sentir. En su almita de niño batía sus alas de oro, el más santo y sublime de todos los amores: el amor al terruño que le vio nacer.

PACHÍN



PERCANCES CALLEJEROS



Va de paseo Luisita con su linda bombonera, hermosísima perrita que parece verdadera.



Y en llegando al jardín divisa á sus compañeras, y abandonando á Lolín se va jugando con ellas.



La señorita Leonor tiene una linda perrita, á quien cuida con primer por lo bella y lo chiquita.



Pasa un ciclista viejo, gritando: ¡eh! ¡esta galguita! pero la linda Lolín permanece quietecita.



Se oye un grito de terror lanzado por una dama: —Mi Bibi, mi Bibi, exclama partida por gala en dos.



Se acerca á un municipal y le dice: —Ya lo vé, por no vigilar usted me han partido el anima!



De su estómago se caen confites á discreción, caramelos y bombones y grajeas de Gijón.



La dama rompe á llorar: —¡Mi Bibi, mi Bibi amada! ni ha podido digerir lo que comió esta mañana.



—¿Y usted se atreve á comer los restos de mi Bibi? Salga usted de mi presencia ó le echo á usted de aquí.



—¡Dios mío, que es lo que veo, lo que se acerca hasta aquí, si es mi perrita del alma, si es mi querida Bibi!



Y le decía á su amiga: Me dejó tal impresión, que aborrezco los bombones y me repugna un glotón.



Solo me es dulce el cariño que le tengo á mi Bibi, porque acude á mis caricias con locura y frenesí.

PICAMIGAS



Según costumbre entre ellos, se habían reunido en el alero de un terrado á la luz del sol.

Revoloteando y dando saltitos fueron congregándose en aquel punto, siendo *Picamigas* el más travieso de los cinco gorriónes que formaban el conciliábulo.

—Os lo aseguro,—decía,—he tenido la vida en un hilo.

Todos los gorriónillos se estremecieron de espanto, erizáronse sus plumas y estrechándose entre sí batieron sus alas con muestras de verdadero terror.

—Bien sabeis,—continuó diciendo *Picamigas*,—que en el cuarto segundo de aquella casa amarilla hay un pajarraco verde con un pico grande y corvo y afiladas garras, que canta y charla como un chicle; todas las tardes, á eso de las tres, le sirven al tal avechuecho en la cazoleta de su jaula: garbanzos, bizcochos, pan, uvas y otras golosinas. El, con ese pico retorcido, no se arregla muy bien para atrapar y engullir y desparrama casi toda la comida por el balcón; voy yo, y sin pizca de miedo á aquel mamarracho, lleno tranquilamente el buche. Solamente los días fríos ó lluviosos, me quedo sin ganga.

—¡Pobre *Picamigas*!—observó un compañero.—Y ¿cómo te las compones entonces?

—En un principio andaba mal, pero luego...

—Luego ¿qué?

—No interrumpáis,—interrumpió un gorrión impaciente.

—Pues vereis. Un día á la hora que os he dicho, volé á posarme sobre la baranda del balcón. El pajarraco en su jaula lanzaba agudos chillidos, y abriendo horriblemente su pico me amenazaba neciamente. Yo descendí, y de saltito en saltito fui picando los desperdicios. El balcón se hallaba entreabierto y se oía dentro animada charla; de pronto salta sobre mí un terrible gatazo negro, que con sólo recordarlo me espanta. Por poco



caigo en sus agudas uñas. Volé ciego y fui á meterme en la jaula, donde el pajarraco dando un espantoso chillido se lanzó á herirme en mis patitas. Salté de alif aturrido, choqué contra la persiana y entré por el vacío del balcón á un reducido gabinete, donde fué acogida mi llegada con gritos y algazara estruendosos: «—¡Un pájaro, un pájaro, papá!»—gritaban tres chicuelos allí reunidos. Sentí mi corazón latir; latir apresuradamente, como si fuese á estallar dentro de mi pecho. Descubrí un espacio y eché á volar, pero aquello era un engaño: al llegar á lo que creía espacio luminoso, choqué con una masa dura y lisa. Entretanto aquellos monstruos se habían armado de paños y toallas, zarandeándome de una parte á otra. Volé, me daba vértigo; por dos ó tres veces sentí el latigazo de mis perseguidores; en medio de aquella agonía, oí una vocecilla dulce que decía:

»—Abrid el balcón y que se vaya, ¡pobrecillo!

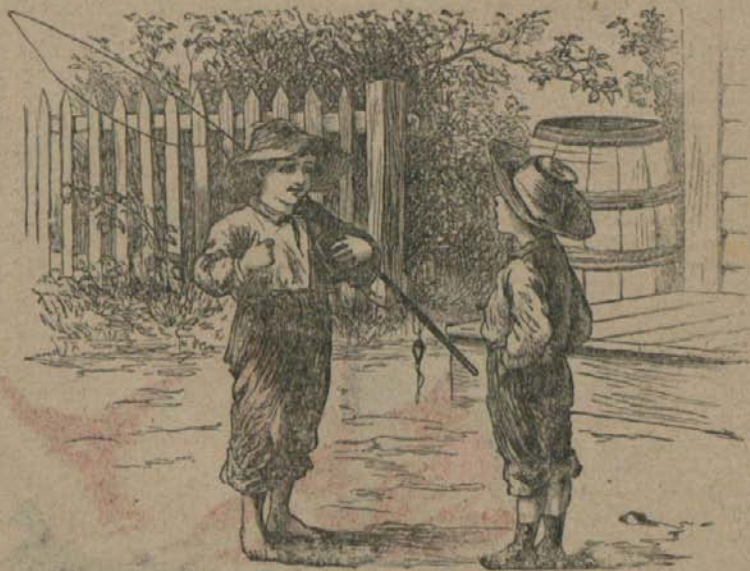
»—Vaya una tontería; juguemos con él y luego al puchero, ¡está tan gordito!

»—Al puchero, no; se lo echaremos al loro,—gritó triunfante uno que me aprisionaba entre sus manos.

»Yo estaba helado de espanto. Morir entre aquellas garras y á los golpes de aquel pico feroz, era para mí la más horrible de las muertes.

»Yo sacaba mi cabeza por entre la mano del chicuelo que me había atrapado.

»Todos me miraban sonrientes. Eran sus caras para mí verdadera-



—¿Hicistes buena pesca ayer?

—Sí, tal.

—¿Alguna trucha?

—¿Y muy gorda; figúrate que era el gato del tío Colás que se ahogó en el río.



—Como me embistas mi padre que es torero te clavaré el estoque.
La cabrita.—Alcornoque, alcornoque.

mente repugnantes y odiosas. Veía brillar ante mí los pícaros ojos de uno que le llamaban Carlos, y comprendía que aquel tunante estaba discurriendo alguna brutal diversión.

»—No, no, soltadle,—gritaba la dulce voz que oí al principio.

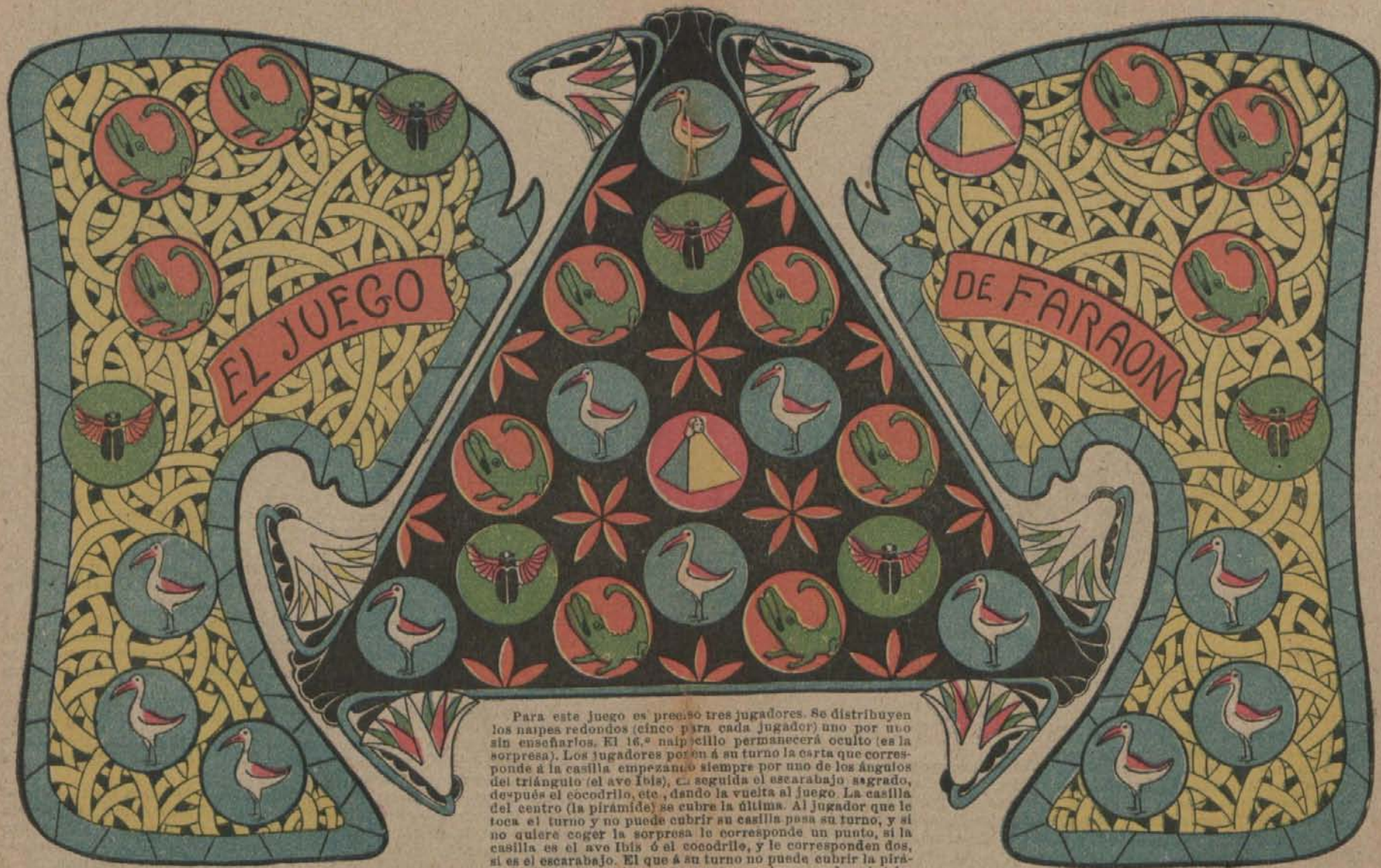
»Pero los muy bandidos no pensaban en esto ni mucho menos; ocurrióseles una idea rara prolongar mi agonía: buscaron un gran ovillo de hilo, y por eso os he dicho que había tenido la vida pendiente de un hilo.

—Y bien, ¿qué hicieron? ¡Acaba, por Dios, que esto es horrible!

—Pues a ellos no se les figuraba así; por manera que si á uno de esos niños le hubieran atado una cuerda al pie y le hubiesen arrojado de este modo á la rapacidad de una pantera .. ¡que miedo les causaría á todos los humanos oír el relato!

»Pues así me arrojaron al gato. Este me acechaba, se lanzaba sobre mí; daba yo un vuelo para librarme de él, y del mismo modo se repetía el repug. ante juego, mil y mil veces. Descubría en medio de mi loco espanto, los negros ojos del malvado chiquillo. Era aquello un atronador tumulto como aullidos de jauría gozosa. Parecían bestieznuelas ó salvajes en una alegría sangrienta.

»Y siempre, como os digo, aquellos feroces ojos del rapaz bri-



Para este juego es preciso tres jugadores. Se distribuyen los naipes redondos (cinco para cada jugador) uno por uno sin enseñarlos. El 16.º naip cillo permanecerá oculto (es la sorpresa). Los jugadores ponen á su turno la carta que corresponde á la casilla empezando siempre por uno de los ángulos del triángulo (el ave ibis), y seguida el escarabajo sagrado, después el cocodrilo, etc., dando la vuelta al juego. La casilla del centro (la pirámide) se cubre la última. Al jugador que le toca el turno y no puede cubrir su casilla pasa su turno, y si no quiere coger la sorpresa le corresponde un punto, si la casilla es el ave ibis ó el cocodrilo, y le corresponden dos, si es el escarabajo. El que á su turno no puede cubrir la pirámide, le corresponden cuatro puntos; y el que pueda cubrirla, desuenta cuatro de sus puntos y queda terminado el juego. El que gana es el que tiene menos puntos.

llando de alegría, como los de un animal carnicero ante la presa...
¡Tienen alma de buitre esos niños!

—¡Que horror! ¡Pobre *Picamigas*! ¿Y cómo te libraste de tus verdagos?

»Tales fueron los lamentos que había de lanzar la niña, la misma cuya voz había oído en mi favor desde los primeros momentos que la puerta del cuarto se abrió; y después me vi en unas manos grandes, frías y escuálidas, y miré acercarse á mí la niña con los ojos llorosos; unos ojos dulces y lindos, en cuyo fondo parecía yo ver algo azul y brillante como el cielo.



—Mira, *Mimi*, ya me has hecho equivocar, en lugar de mí, do, tenía que hacer sol.
El gatito.—Pero *Luisita*, como quieres que haga sol si son las nueve de la noche.

—Sería un *Serafín*.

—No, era sencillamente una niña buena.

—¡Acaba, *Picamigas*!

»La niña acercó sus labios á mi cabeza; entonces picoteé rabiosamente aquella mano que me había cogido, y era tal mi sed de venganza, tal mi cólera, que no eché de ver que me hallaba ya libre, hasta que sentí el aliento cálido y húmedo: el suave beso de la niña en mi cuerpo. Sentí nueva vida, respiré el aire, percibí el espacio en su grande explosión de luz ilimitada y huí á mi amada vida del libre ambiente.

»Pero deseaba vengarme: ¡picar en aquellos negros y feroces ojos de Carlos como en dos granos de uvas! Mas, creedlo, esto es imposi-

ble, ¡llevo dentro el dulce beso de la hermosa niña que fué mi ángel libertador!

—¡Esto es horrible!—decía en su nido vecino una golondrina á sus hijuelos.—Pero debemos agradecer al cielo el vernos respetadas. Cierto que vivimos siendo útiles, persiguiendo mosquitos y pulgones, que no buscamos tan cómodamente nuestro alimento... pero somos sagradas, y ni por razón ni por capricho, nos persiguen las gentes; gozamos de la mayor libertad: la del trabajo. ¡Ah, que no siempre para los rateros existe el dulce velo del perdón!

JOSÉ ZAHONERO

CHASCARRILLOS

Un cesante estaba parado en la Puerta del Sol mirando un reloj; llegó por detrás un ratero y con mucho cuidado le metió la mano en el bolsillo para robarle. El cesante se volvió con desprecio y le dijo:

—¿Qué buscas ahí, estúpido? ¡Si hace dos años que meto yo la mano y no encuentro nada!

—=—

—¿Qué te parece esta levita? En echándola otros botones se quedará nueva, ¿no es verdad?

—Más nueva se quedará si echas á esos botones otra levita.

—=—

En la fotografía.

—Oiga usted, paisano, ¿me va usted á sacar mi propia imagen, en me nos tiempo del que se dice?

—¿De pie ó sentado?

—¡Quiá! A caballo y guerto de espaldas.

—¿Y cómo van á conocerle á usted de este modo?

—¡No sea usted torpe! Yo gorveré la cabeza de cuando en cuando.



—Mira, mamá, dos pobres pajaritos han muerto de frío ¡pobrecitos!



Polichinela aparece en escena, solo, haciendo muecas y contorsiones.

—¡Je, je, je! Buenos días, mis pequeños camaradas; buenos días, gentiles señoritas, soy yo vuestro amigo Polichinela. Miradme bien, vuestro Polichinela siempre es el mismo, ¡je, je, je! Con seguridad esperábais mi llegada; héme aquí, pues. Imaginad que yo he querido seguir el ejemplo de la gente elegante; y á lo gran chic, hice mi viaje á la Costa del Oro. Yo he vivido como un millord, en un palacio ultra selecto; yo he sido el gran succès mundial en el casino high life. Vuelvo, pues, satisfechísimo de mi delicioso veraneo, que para mayor dicha no me ha costado ni una perra chica. Queriendo cumplir con mi madrina señora Gruchulet, fui á visitarla y me recibió admirablemente; cuando me vió en su casa, me dió dos porrazos y me puso de patitas en la calle ¡que original! Escapando de una recia paliza, fui á refugiarme en un campo inmediato; allí estaba contemplando las estrellas, cuando de la luna se desprende un bolso lleno de oro. —Es oro,—dije cogiendo el bolsillo;—hago tres cabriolas y sin perder un minuto tomo un billete para la Costa del Oro (se vuelve y ve un guardia soplando los dedos.) ¿Qué querrá este bicho?

ESCENA II

POLICHINELA Y GUARDIA

(El guardia, mirándolo de reojo, le dice al Polichinela):

—Polichinela, buenos días. ¿Te habías eclipsado como el sol? Polichinela desconcertado y rascándose la oreja.—Señor guardia, yo he estado enfermo... ¡oh, muy enfermo!; celebros el interés que os tomáis por mí.

El guardia bajando la cabeza.—¡Ah, diablo! De una indigestión de confites robados, incorregible glotón.

Polichinela moviéndose de su facha cómica.—Señor guardia, fui á curarme la cabeza de una lesión de pronóstico reservado, y un especialista me mandó al agua salada de la mar para que la bebiera, me bañara y la respirara.

El guardia destornillándose de risa.—¿Para qué tanta sal? ¿Que-

rías ponerte en conserva? .. ¿Dónde has ido á disfrutar del dinero robado?

Polichinela haciendo gestos para disimular su sorpresa.—Yo no he robado nada, nací mi dinero alquilando la joroba á los señores bañistas.

Guardia, absorto.—Tú sí que me jorobas, saco de serrín; ya vendré luego por tí. (sale).



ESCENA III

Polichinela, solo.—¡Uf, uf! Me irrita el aspecto y los mostachos de este avestruz; eso del dinero son cuestiones indiscretas que no sé

cómo arreglar; no me queda más remedio que volver á mi bondadosa, á mi dulce, á mi tierna madrina. (*Desaparece por el foro.*)

ESCENA IV

POLICHINELA Y SEÑORA GRULCHULET

Polichinela, afectuoso.—¡Inolvidable madrina, cuánto me alegro de verla!

Señora Gruluchet, mostrando en cólera.—Yo también. Aquí tienes la prueba: ¡pam, pam, pam! (*Y le admira una corrección.*)

Polichinela huyendo.—¡Ah, oh, hi, eh; ay, ay, ay; basta, basta, me habeis roto la mueca del juicio; hu, hu, hu!



Señora Gruluchet.—Juicio, si no has tenido nunca, ¡so pillete, como varío!

Polichinela.—¡Madrina... yo... yo vuelvo del agua... salada!

Madrina, sacudiéndole de nuevo.—¿Y puedes imaginar que yo crea que tú solo encontraste la mar, puerco espín?

Polichinela, llorando.—Madrina, escúchame usted: ¡hi, hi, hi!, cuando de dos bastonazos me puso en la



muerta ¡hi, hi, hi!, dos malhechores saliendo de una esquina me apalearon, me maltrataron, quería huir... madrina... madrina. Viniendo

la noche y sin saber cómo me encontré encajonado en una especie de jaula muy oscura. Allí me tuvieron dos días y dos noches, cuando de improviso me hallé ante la inmensidad del mar. Hé aquí mi odisea.

Madrina, conmovida — Quiero oírte... Me siento orgullosa de haberte educado conforme lo he hecho. ¡Ay Polichinela, mi querido hijo! Sin mi intervención jamás hubieras llegado á ser un héroe.

Le abraza, se va y entra el juez (grandes gestos y desaparece). *Polichinela se acerca una mano á los carrillos y empieza á reír estrepitosamente.*

ESCENA V

POLICHINELA Y EL JUEZ

Polichinela, aparte. — ¡Paf!... Después del gendarme, la madrina; después de la madrina, el juez, ¡valiente desfile! Serenidad (haciendo saludos afectuosos). Señor juez, á que debo el honor...

El juez, duramente. — El honor es mío, ¡grandísimo pillete! ¿Qué viene hacer en la casa de la señora Gruchulet?

Polichinela — Vengo hacerle visita en calidad de hijo; es mi madrina, mi bondadosa madrina. ¡je, je, je!

El juez, bruscamente — ¡Ah! Tú eres el hijo de la señora Gruchulet; yo la tengo á ella como portera, pero á ti te lo digo sin ambajes, no te quiero cerca de ella y evita pasear por el hotel tu desgraciada figura; caco pervertido, ¿que hiciste del dinero que había en la bolsa, que me devolvió tu madrina?

Madrina entrando de nuevo. — Conque me habías engañado, ¡bobo, pillo, tunante!

Polichinela — No puedo escuchar este lenguaje, me retiro presto, prestísimo.

El guardia, deteniéndole. — ¡Oh! No te escaparás sin que devuelvas su contenido.

Polichinela sintiéndose desfallecer. — ¡Cielo, que desventura!, (sale).

ESCENA VI

POLICHINELA, SEÑORA GRUCHULET Y EL JUEZ

Madrina Gruchulet, amenazándole. — ¡Ah! ¡Me has robado, hijo perverso. ¡iba de trapos, bandido...!

Polichinela, acercándose amenazador. — Calma, calma, madrina, ó va usted á estallar de una aptopeja fulminante.

El juez, sujetándole. — Queda usted detenido.

Polichinela desfalleciendo. — ¡Gracia, gracia! ¡Déjeme usted, buen guardia... por piedad!

El guardia, pegándole en la jiba. — ¿Has olvidado tu fechoría? Vamos, adelante.

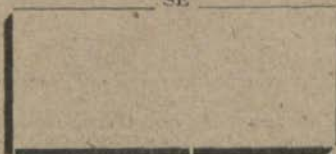
Polichinela resignado. — ¡Sea! Ya te sigo... otra vez en el garlito; en cuanto me suelten, voy á ser un hombre de bien; yo creo que este será el mejor medio para vivir tranquilo y dichoso.





JEROGLÍFICO COMPRESO

SE



ENIGMA

¿Cuál es el hijo
(cosa admirable)
que en cuanto muere
de nuevo nace
(¡oh que prodigio!)
la que es su madre?

CHARADA

*Primera y tercera es fruta
y asombro de parvulitos;
segunda y tercera es nombre
de un animal divertido.*

*Primera y segunda hice
anteayer con un ministro;
segunda sola es pronombre,
y el todo lector amigo,
es profesión, es carácter,
y es también nombre adjetivo.*

Las soluciones en el próximo número.

*SOLUCIÓN á los pasatiempos del
número anterior*

*Charadas. — Carabina.
Tuyo.*

MISCELÁNEA GEOGRÁFICA. — LOS CABOS PRINCIPALES

Para un enamorado. — El cabo de Buena Esperanza.

Para un soldado. — El cabo de guardia.

Para un panadero. — El cabo de Hornos.

Para un bebedor. — El cabo de las Tormentas.

Para un gato. — El cabo de Gata.

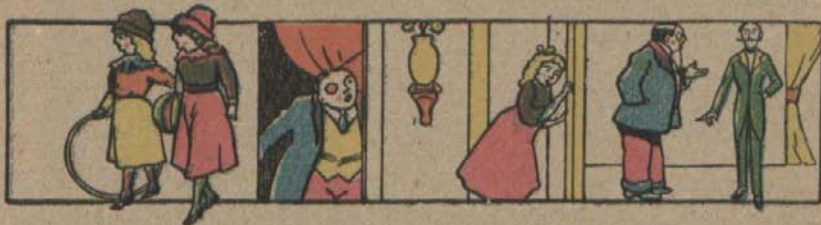
Para un trasnochador. — El cabo de vela.

Para un aficionado al billar. — El cabo de Palos.

Para mí. — El cabo de la calle.

Redacción y Administración: Calle de las Cortes, 695. — Barcelona.

CURIOSAS BURLADAS



Como curiosas no había quienes igualaran a las hermanas Ruiz.

Desde que llegaron a Villarosa detrás de las puertas escuchaban cuanto se decía.

El dueño de la casa se quejó al padre de las chicas, pero éstas como si tal cosa.



Lloriqueando por fingir una pena que no sentían, continuaron curioseando.

Pero el dueño de la casa les preparó una celada.

Asidas de la mano se dirigieron por oscuro corredor hasta dar con una puerta que las tenía muy intrigadas.



Empujaron, viendo con espanto que la puerta se cerraba tras ellas.

Gateando y envueltas en una nube de polvo y telarañas, llegaron al pie de una escalera



Subieron apresuradas, encontrándose en un salón espléndidamente iluminado.

El dueño de la casa había invitado a sus amigos, que recibieron con burlas y carcajadas a sus curiosas huéspedes.

Las dos hermanas se retiraron avergonzadas y llorosas, y curadas para siempre de su impertinente curiosidad.